LA CABEZA DE BRONCE, Ó EL DESERTOR HÚNGARO.

COMEDIA NUEVA

EN TRES ACTOS EN PROSA

DE GRANDE ESPECTÁCULO.

PERSONAS.

Adolfo.	*Franc.*
Floresca.	*Un capitan.*
Federico.	*Un teniente.*
Herman.	*Un aldeano.*
Durcren, mayor.	*Un pescador.*
Drin.	*Aldeanos y aldeanas.*
Getrud's.	*Pescadores.*
Catalina.	*Granaderos húngaros.*
Brener.	

La escena pasa en el primer acto en Presburgo, y en el segundo y tercero á seis leguas de aquella ciudad.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un rico salon: en el fondo un pórtico abierto: á la derecha la entrada á la habitacion de Floresca: y á ambos lados pedestales con bustos de bronce que representan guerreros, &c.

Al levantarse el telon entra Drin seguido de aldeanas y aldeanos que traen tiestos con mirtos, guirnaldas y una corona de rosas blancas.

ESCENA PRIMERA.

Drin, aldeanos y aldeanas.

Drin. Con tiento: no hay que meter ruido. Atad ahí esas guirnaldas, de modo que choquen á la hermosa Floresca cuando salga de su cuar-

to. Bueno, así está bien... La novia está todavía durmiendo.

ESCENA II.

Dichos, el mayor Durcren pasa por el fondo, y se detiene en el pórtico.

Mayor. ¡Drin! ¡Drin!

Drin. Señor mayor, venga usted á ver el regalo de boda de los jardineros de palacio.

Mayor. Está bueno, (*entrándose en el salon*) muy bueno: alabo su celo.... ¿Dónde está el intendente Herman?

Drin. Hoy no le he visto todavía, señor mayor.

Mayor. ¡Salir tan temprano! no lo acostumbra. (*Saca un paquete de cartas y repasa los sobres.*)

Drin. Y ¿qué haceis aquí? (*á los jardineros.*) Ya habeis concluido, marcháos. Yo iré á buscaros despues. Tengo que quedarme aquí dentro, porque soy el barrendero mayor de palacio. (*Vanse los jardineros.*)

ESCENA III.

El mayor y Drin.

Drin. ¡Cuántas cartas! serán para todos los señores convidados, ¿no es verdad, señor Durcren?

Mayor. Tú lo has dicho. (*Sigue ocupado.*)

Drin. Mire usted, señor mayor, no es por meterme en lo que no me va ni me viene, pero sabe usted que hablan en Presburgo sobre el casamiento del príncipe Palatino con la hermosa Floresca, su pupila, que es un horror... Cada uno dice su cosa... En fin... pero... todo ello no se sabe de cierto...

Mayor. Y ¿qué te importa á tí..?

Drin. A mí no me importa nada... Ni que la señora condesita haya querido á un oficial de la guardia de palacio, ni que su alteza le haya enviado de guarnicion á las fronteras de Turquía... Con todo eso lo he sentido mucho, porque dicen que es un mozo gallardo y muy honrado el tal capitan Federico.

May. ¡Federico! ¿y te atreves á pronunciar este nombre en palacio? ¿no sabes que está prohibido?

Drin. Ha sido sin querer, señor mayor.

Mayor. Por la primera vez pena de presidio, y...

Drin. Sí señor.

Mayor. Ves á ver si el intendente Herman...

Drin. Ahí viene justamente.

ESCENA IV.

Dichos y Herman.

Drin. Señor Herman, el señor mayor pregunta por usted.

Herm. Bien: ves á tus quehaceres.

Drin. No haré falta... De aquí á mañana pondré todo el palacio como un espejo. (*Vase.*)

ESCENA V.

El mayor y Herman.

Mayor. Querido Herman.

Herm. Mi amado mayor.

Mayor. Tome usted estos billetes que ha escrito el príncipe para los grandes de la corte que han de asistir á la solemnidad: es preciso entregarlos ántes de medio dia.

Herm. Descuide usted.

Mayor. Ya conozco vuestra exactitud, amigo mio.

Herm. Me confundis.

Mayor. Este título le pertenece á usted... ¿Puedo acaso olvidar los pasados favores?

Herm. ¿Y qué he hecho por usted? cualquiera en mi lugar...

Mayor. Hubiera olvidado mi solicitud con el príncipe: hubiera dejado mi familia en el duelo, y sin premio ni adelantamiento mis fatigas: hubiera empleado su crédito quizá por otro... ¡Ah! conozco bien los hombres... Egoistas, interesados, hipócritas: así son casi todos. Es verdad que hay escepciones, y es preciso honrarlas.

Herm. Un solo paso...

Mayor. Me ha salvado. Mis enemigos triunfaban: la intriga y la rivalidad me cerraban el corazon del príncipe... usted que ha sido la guia de la adolescencia, y frecuentemente su mentor...

Herm. No siempre.

Mayor. Por boca de usted supo mis quejas y conoció la verdad. Se lo repetiré sin cesar... Ha diez años que os debo este beneficio, y me parece que es de ayer ó de hoy... no le olvidaré sino con la vida.

Herm. Esa es demasiada bondad. (*distraido*)

Mayor. No me gusta deber favores... Pero estoy envanecido de obtener mi empléo por usted, por un hombre cuya conciencia está pura, que sirve á su patria y á su príncipe con honor y lealtad.

Herm. ¿Qué oigo? si supiera... (*ap.*)

Mayor. No soy yo el único á quien habeis favorecido... ese oficial jóven... Federico... (*en voz baja*)

Herm. ¡Federico! (*con segunda intencion*)

Mayor. Su adelantamiento, su despacho de capitan, su fortuna, son obras de usted.

Herm. Pero no he podido salvarle del disfavor...

Mayor. Su imprudencia le acarreó la salida de la corte: y el deber os obligó á abandonar su causa, cuando la cólera del príncipe ordenó su partida.

Herm. ¡Cuánto padezco! (*ap.*)

Mayor. Me voy: advierto que está usted distraido.

Herm. ¡Yo señor mayor!

Mayor. No lo estraño: encargado de todos los preparativos para una augusta ceremonia...

Herm. A la verdad que tengo tantas cosas en la cabeza, que...

Mayor. Pero á lo ménos no olvide usted (*sonriéndose*) enviar la cartas... y no olvide usted sobre todo, que el dia que pueda yo manifestarle ampliamente mi gratitud, será un

dia de felicidad para mí. Adios, querido Herman.... (*tomándole la mano*) Adios, siento dejar á usted.

ESCENA VI.

Herman solo.

¡Qué tormento! ¡qué incertidumbre, Dios mio!.. ¡Cómo me ha oprimido! ha llenado mi corazon de vergüenza y espanto. (*Se sienta.*) ¡Cruel situacion! (*señalando al aposento de Floresca*) Aquí cerca gime la víctima que quieren arrastrar: debajo de mis pies, en un subterraneo secreto, está escondido desde anoche aquel rival imprudente, el capitan Federico, que despreciando las órdenes del príncipe, ha desertado de sus banderas al punto que ha sabido el matrimonio que en vano se prepara. Floresca, su desgraciada esposa, finge consentir para escaparse hoy mismo con mas seguridad, y yo favorezco su fuga... De este modo desprecio mi deber y engaño á mi Soberano... Pero ¡si supiera el motivo que me obliga, y las causas que han favorecido esta union clandestina! Si yo me atreviese á decirle quien es Federico, quizá pareceria ménos culpable á sus ojos: ó acaso lo seria mas... ¿Qué he de resolver? ¿Qué? socorrer primero la desgracia... El cielo tendrá despues cuidado de salvarme... Entremos en el cuarto de nuestra ilustre desventurada y preparemos su alma á la presencia de su esposo, que cree muy léjos de aquí. (*Abre la puerta del aposento de Floresca.*) ¿Si estará levantada? Pero aquí viene.

ESCENA VII.

Herman y Floresca.

Flor. Te esperaba con impaciencia, mi generoso apoyo.

Herm. Vuestras damas...

Flor. Estan todas ocupadas en los preparativos de un himenéo, que tú sabes no puede verificarse. Gracias al cielo que un lazo sagrado me une á Federico: es mi amante, mi esposo, ha recibido mis juramentos. Por tí, en tu presencia, respetable Herman, se formó esta union indisoluble, que bendijo el ministro de los altares la víspera de la partida, ó mas bien del destierro de Federico. El silencio y la obscuridad la ocultan todavía... Pero mañana, mañana pretende el poderoso Adolfo encadenarme para siempre, abusando de los derechos que el conde de Loreusqui, mi padre y su amigo le dió al tiempo de morir, y quiere que ántes que acabe el corto tiempo de mi minoridad unir mi suerte á la suya. Está muy distante de pensar que un ser bienheohor me tiende su mano para libertarme de la esclavitud y volverme á mi patria, á mi familia y la libertad. ¿Es esta noche?

Herm. Esta noche.

Flor. ¿Irémos al instante á reunirnos con mi esposo?

Herm. Vuestro esposo, señora, no está ya en Esek.

Flor. ¡Dios mio!

Herm. Desechad el temor: está cerca de vos.

Flor. ¿Cómo?

Herm. ¿Me prometeis tener valor y calma?

Flor. Sí: lo prometo todo... Habla.

Herm. Federico...

Flor. ¿Y qué, Federico?

Herm. Ha querido participar de nuestros peligros. Está cerca de nosotros.

Flor. ¿Cerca de nosotros?

Herm. En este palacio.

Flor. ¿Federico en este palacio?

Herm. Silencio... Me habeis prometido estar tranquila.

Flor. Pues bien... ya lo vés.... (*con emocion que procura ocultar*) yo.... estoy serena. ¿Federico en este palacio?

Herm. En un sitio seguro, impenetrable, donde no se puede entrar, sin ayuda de un secreto encerrado en esta cabeza de bronce, y por medio de esta llave, de que soy yo el único depositario.

Herman despues de haberse asegurado de que estan solos, y cerrado la puerta del cuarto de Floresca, va ácia la segunda cabeza de bronce, aplica la llave á la boca de ella, y al punto se levanta una trampa inmediata al pedestal. Floresca hace un movimiento de espanto. Federico sale. Floresca da un grito, Herman la hace señas para que se contenga, y corre al pórtico á observar.

ESCENA VIII.

Federico, Floresca y Herman.

Fed. ¡Floresca! (*Se abrazan.*)

Flor. ¡Federico!

Herm. Moderad ese delirio. (*desde el fondo de la escena.*)

Flor. Mi esposo está en mis brazos... yo te doy gracias, Dios mio.

Fed. ¡Amada esposa!

Herm. ¡Silencio..! (*escuchando y ambos asustados*) No es nada.

Flor. ¿Cómo has traspasado tan inmenso espacio, despreciando la muerte, para venir á librarme de mi tirano? ¿Cómo has venido en tan breve tiempo?

Fed. El amor hace prodigios... Desde el momento que recibí el escrito fatal, en que me anunciabas el próximo matrimonio que ordena Adolfo, y tu resolucion de huir, ya no podia sosegar. Agitado con la horrorosa idéa de verme separado para siempre de mi Floresca, si el fiero Adolfo llegaba á descubrir nuestra union clandestina, determino venir. Pero no pudiendo ni atreviéndome á pedir licencia á mi coronel, no dudé un momento entre la obligacion y el amor. Deserté, sí, deserté de mis banderas, y á pesar de los peligros y de los obstáculos, sin temer la sentencia que me amenazaba, vuelvo, y llego á Petresburgo á favor de las sombras y de un disfraz humilde, bajo el cual me presento de repen-

te á nuestro buen Herman: me abraza, olvidando que soy delincuente, piensa solo en librar de la muerte á su amado Federico, y me trae á esta galería enmedio de la obscuridad. „ Baja, me dice, es„ te subterraneo, conocido de Adol„ fo y de mí solamente, está des„ tinado á guardar en momentos „ peligrosos los tesoros de los „ príncipes Palatinos... Qué cosa „ mas preciosa puedo ocultar en él „ que mi querido Federico, que es„ te ser desventurado, á quien he „ consagrado toda mi vida, y cu„ yas desgracias escitarían la pie„ dad del mas insensible de los „ hombres.” (*Los tres se abrazan, escuchan un redoble con temor, y Herman corre al pórtico.*

Herm. Anuncian la salida del príncipe, pero todavía tenemos algunos momentos... Hablemos de nuestra evasion, señora: yo me encargo de la de Federico: ¿teneis valor?

Flor. Soy la esposa de Federico.

Herm. Al caer la noche os encerraréis en la última pieza de vuestra habitacion, aquella cuyas ventanas dan al antiguo camino de Viena. Arrojad este cordon de seda. (*Se lo da.*)

Flor. ¿Y despues? (*apresurada*)

Herm. Tiraréis, y recojeréis una larga escala de cuerda.

Fed. Tiemblo...

Herm. Brener y Franc...

Fed. ¡Mis dos mejores amigos!

Herm. Estarán al pie de la muralla para recibiros: la altura es corta, y no teneis que temer.

Fed. Todo lo ha previsto.

Herm. Los mas lijeros caballos os transportarán al instante á seis leguas de aquí á la ribera derecha del Danubio.

Fed. Cerca del lugar de Heils-Brun?

Herm. Sí: la casa solitaria de la buena y anciana Getrudis, cuyo celo conozco, será nuestro punto de reunion.

Fed. ¡Con qué gusto abrazaré á esta escelente muger que ha guiado mis pasos, y reemplazado una tierna madre!

Flor. ¿Desgraciado desde la cuna?

Fed. Cesé de serlo desde el dia en que Floresca, olvidando su fortuna y su clase, me nombró su esposo.

Herm. Dejemos ya lo pasado: hablemos solo de lo presente, de nuestro solitario asilo. Al instante ganarémos el camino de Albania.

Flor. ¡Ay! (*enagenada*)

Herm. Pronto estaréis en una tierra inviolable. (*á Floresca*) Allí tomareis posesion de los estados de vuestros padres: partis con vuestro esposo y sus dos amigos vuestras riquezas y vuestra felicidad. Herman, sin deséos ni ambicion, no quiere nada, ni admitirá nada.... Pero permanecerá en vuestra compañía, se gozará en su obra, y quedarán satisfechos todos sus deséos... ¿Lo habeis comprendido?

Flor. Todo, querido Herman.

Herm. Gente viene: separáos al momento...

Fed. A la casa solitaria. (*Coge precipitadamente la mano de Floresca y la besa.*)

Herm. Pronto, (*aterrado*) entrad. (*Federico entra en el subterraneo.*) Señora, á vuestro aposento (*Abre la puerta.*) Los escuderos del príncipe vienen con los presentes.

Flor. Herman, Herman, (*entrándose en su habitacion*) cuida de mi esposo. (*La trampa se cierra rápidamente.*)

ESCENA IX.

Herman, un capitan y algunos pajes entran al momento despues que se cierra la trampa: traen canastillos cubiertos, aderezos de pedrería en bandejas de oro. Herman, temiendo que hayan oido el ruido de la trampa, da con el pié dos ó tres veces en el suelo, fingiendo grande impaciencia.

Capit. ¿Qué tiene usted, señor Herman? Parece que está usted colérico.

Herm. Sí señor, contra... no sé (*ap.*) qué decirle... contra...

Capit. Apuesto que es contra Drin.

Herm. Sí, justamente: aquel perezoso que no ha limpiado todavía esta sala.

Capit. Su alteza va á venir aquí: nos ha mandado esperarle en el cuarto de la condesa... Se la puede ver?

Herm. Creo que sí: entrad y sus camaristas os lo dirán. (*Entran en el cuarto de Floresca.*)

ESCENA X.

Herman solo.

Aquí viene el príncipe. Herman, es necesario que no omitas ninguna diligencia... Harémos la última tentativa: esforcémonos á mover su alma y hacerla accesible á la virtud... pero cuidando de no cometer alguna imprudencia, ni hacer ninguna declaracion precipitada.

ESCENA XI.

Adolfo, Herman, un oficial, guardias.

Adolf. Id á esperar mis órdenes (*al oficial.*) al fin de la galería. Voy al cuarto de la condesa, y á presentarme despues con ella á toda mi corte. (*Vase el oficial y guardias*) ¿Está todo dispuesto, Herman?

Herm. Todo, señor.

Adol. ¿La melancólica y hermosa Floresca ha dado por fin tregua á su dolor..? aprecia la grandeza á que voy á elevarla? pero ¿por qué tienes ese semblante sombrío y meditador enmedio de la alegría pública?

Herm. Señor...

Adolf. Herman, ¿cuál es la causa de esa tristeza?

Herm. ¿Me perdonará V. A. si se la confieso?

Adolf. Habla: siempre te he mirado como el mas fiel y celoso de mis súbditos: tienes mi confianza, y yo debo tener la tuya. ¿Por qué en el momento de verificar un enlace que colma todos mis deséos..?

Herm. Esta misma union me recuerda, señor, memorias dolorosas.

Adolf. Esplícate.

Herm. Esta circunstancia me condu-

ce no léjos de este palacio, al valle de Heills-Brun, en el humilde retiro donde el objeto desgraciado de vuestras primeras inclinaciones, la pobre Luisa...

Adolf. Y ¿de qué modo miras siempre un error pasajero?

Herm. Un error es frecuentemente causa de muchos males: Luisa ya no existe.

Adolf. Y ¿debe imputárseme su muerte? Una cacería me condujo á la choza que habitaba. Simple baron entónces, jóven y aturdido, la ví bajo el nombre de Vertrer, y Luisa supo fijar mi atencion. Algunas veces es verdad que el amor me arrastró á visitarla; pero muy poco despues no pensé, si no en llevar á otra parte mi inconstancia y mi frivolidad.

Herm. Señor, V. A. ha olvidado ya que Luisa, perseguida largo tiempo, cedió solo á vuestras instancias, á las repetidas promesas que la hicisteis de no abandonarla jamas... No os acordais que la amasteis mucho...

Adolf. Convengo en ello; (*vacilando*) pero resolví no volver á verla mas, cuando la razon y mi estado me obligáron á poner término á esas amistades secretas.

Herm. Pero si de ellas, si de esa estremada frivolidad hubiera resultado un ser condenado al infortunio?

Adolf. ¿No te he dicho ya que jamas hubiera sabido su orígen? Pero dejemos esta conversacion... Ignoro por qué motivo hace ya algun tiempo que parece te complaces en defender lo que yo desapruebo.

Herm. Señor, juzgad mejor...

Adolf. No me hiciste mil súplicas cuando envié á Esek aquel jóven insensato, aquel audaz que se atrevió á amar á Floresca? Casi te pusiste de rodillas.

Herm. Y me arrojaría ahora á vuestros pies si tuviera esperanza de aplacaros... de instruiros...

Adolf. Basta, Herman: (*con enfado*) tu debilidad te engaña, y te la perdono por el amor que me manifiestas; pero en lo sucesivo cuida solo de cumplir con tus obligaciones, y ten presente que si me vuelve á hablar de tu Luisa y de tu protegido, te destierro para siempre de palacio. (*Entra en la habitacion de Floresca.*)

ESCENA XII.

Herman solo.

No hay remedio, no queda ya ninguna esperanza..... Pues bien, príncipe insensible y fiero, yo te ahorraré el trabajo de mandarme desterrar de palacio. Se ejecutará el proyecto y la fuga á riesgo de mi vida... No, querido Federico, jamas conocerás al verdadero autor de tus dias, cuyo orgullo ahoga sin piedad al grito de la naturaleza. Vamos á prepararlo todo con los amigos... Ningun obstáculo detendrá mis pasos. Dios de los desgraciados, apresura el fin del dia, aumenta las tinieblas, y protege la amistad, el amor y la desgracia.

(*Vase con precipitacion.*)

ESCENA XIII.

Drin solo, que entra en el pórtico al mismo tiempo que sale Herman, trae una escoba y plumero.

Drin. Toma ¡cómo se va sin mirar ni hablar! y él, que es un hombre que habla á todo el mundo. ¿Con quién estará enfadado? Si será conmigo, porque he traido sin su órden á los jardineros de palacio..? Bien puede ser... El caso es que mañana no me dejará ir á dar los dias á mi tia Getrudis. Voy á trabajar como un desesperado para contenerle. Manos á la obra: fuera vestido. (*Se quita la chupa &c. y se queda en mangas de camisa.*) Empezaré por los tiestos... me ocurre una idéa... ¡y qué bonita! Mejor sería poner aquellos mirtos en lugar de estas cabezas de bronce tan feas, miéntras duren las bodas solamente... (*Se acerca á uno de los pedestales, y quita un busto con trabajo*) vamos á ver que tal hace... ¡qué pesados son estos guerreros! (*pone el busto en el suelo, y en su lugar coloca un tiesto: se pone á mirar.*) Perfectamente: ahora este otro que es el mas feo de todos... tiene una cara de chino... (*se acerca al busto que corresponde al subterráneo, y hace esfuerzo para levantarle*) aunque te hagas el pesado, bajarás. No se menea este maldito. (*Se pone á cogerle de frente, y repara en la llave que Herman ha dejado puesta en la boca por olvido.*) ¿A qué estará agarrado? ¡qué es lo que veo! tiene una llave en la boca: una llavecita negra... no hay duda, y es la primera vez que la veo. Los demas (*mirándolos*) no la tienen... ¡qué diablos habrá en esta cabeza! se abrirá: preciso... no hay si no volver la llave... ¿qué tengo que temer? ¡Jesus! qué feo es.... (*se pone una mano en la cara, y con la otra da vueltas á la llave. Se oye un resorte, y la trampa se levanta poco á poco por sí misma*) no se abre... darémos otra vuelta. No advierto ninguna abertura. (*registrando la cabeza por todos lados.*) Será cerradura de cuatro ó cinco vueltas.

ESCENA XIV.

Federico y Drin.

Federico aparece, y sube con prontitud, vuelto de espaldas á Drin, que por su parte no puede ver á Federico.

Fed. ¿Qué me quieres, querido Herman? (*á media voz.*)

Drin. Dios mio, (*al oir hablar se vuelve, y ve á Federico que estará junto á la trampa*) una alma en pena que sale de la tierra!

Fed. ¡Soy perdido! (*aterrado.*)

Drin. Perdon, señor guerrero, de todo lo que he dicho de la estátua. (*temblando.*)

Fed. Estos gritos van á descubrirme. (*Aparte. Le coge por el cuerpo, y le lleva á la trampa.*

Drin. ¿Dónde me lleva usted, señor guerrero?

Fed. Baja: (*Obligále á bajar, y preséntale dos pistolas*) ántes de una hora estarás libre: pero si das un solo grito, no volverás á ver jamas la luz.

Drin. ¡Pobre de mí. (*Baja de espaldas sin atreverse á mirar á Federico. La trampa se cerrará inmediatamente detras de Drin, miéntras Federico corre ácia el pórtico á observar si viene gente.*)

ESCENA XV.

Federico solo.

No hay nadie: me es imposible volver á abrir esta trampa. Ignoro donde está el secreto, que la casualidad sin duda le ha hecho descubrir... pero él habló de la estátua... suena ruido... ¿dónde me esconderé? he dejado el disfraz en el subterráneo, y este traje va á perderme... ya llegan: no puedo escapar. (*vacilando repara en los vestidos de Drin.*) ¡Qué veo! cubrámonos con este vestido que el cielo me depara. (*Se pone los vestidos precipitadamente, coje la escoba, vuelve las espaldas á los que van á entrar, y hace como que está limpiando.*)

ESCENA XVI.

El mayor y Federico.

May. ¡Enviarle con tanta diligencia! ¡Drin!.. ¡Drin!.. (*Creyendo que es Drin Federico: éste no se atreve á volver la cabeza*) ¿estás sordo. Toma esta carta que corresponde á las que he entregado al intendente Herman, y se me habia olvidado en el bolsillo: le encontrarás en la ciudad, porque no está en su cuarto... (*se acerca á Federico, que no vuelve la cabeza*) vamos, corre, y no te distraigas... tómala... *Federico toma la carta sin volver la cabeza, arroja la escoba, y sale luego que el mayor ha vuelto la espalda, espresando su alegría.*)

ESCENA XVII.

El mayor solo.

Mandar el comandante de la plaza al correo que no parase ni de dia ni de noche! Es preciso que el mensaje sea muy importante.

ESCENA XVIII.

Dicho, Adolfo, Floresca, pajes y demas.

May, Un correo que acaba de llegar, despachado (*presentando el pliego*) ganando horas por el comandante de la plaza de Esek...

Adolf. ¿De Esek?

Flor. ! De Esek! (*Aparte.*)

May. Trae estos despachos. (*se los entrega.*)

Adolf. Perdonad, hermosa Floresca. (*Abre y lee el pliego con precipitacion, manifestándose agitado.*) ¿Qué he leido?.. Federico ha desertado de sus banderas.

Flor. ¡Cielos! (*Aparte.*)

May. ¿Federico?

Adolf. Sí... menospreciando el honor, mis órdenes y las leyes. Ese es el hombre que Herman alababa con tanto delirio: el hombre digno de todos los elogios: aquel bravo aquel intrépido defensor que habia de cautivar algun dia mi admiracion y mi aprecio, y á quien habia de amar tambien como á un hijo. (*Se oye llamar sordamente en la trampa. Sorpresa general. Floresca está aterrada.*) ¿Qué es esto?

Flor. ¡Qué le habrá sucedido para arriesgarse de este modo! (*ap.*)

Adolf. ¿Quién llama en esa bóveda impenetrable?

Flor. Yo muero de inquietud y de espanto. (*ap*)

Adolf. ¿Si habrán llegado á descubrir?.. (*corriendo al busto.*) ¡Qué veo! la llave confiada á Herman...

Flor. ¡Herman! ¡fatal imprudencia. (*ap.*)

Adol. Sepamos quién es el temerario...

Flor. Esperad, príncipe... (*corriendo ácia Adolfo.*)

Adolf. ¡Justos cielos! (*rechaza á Floresca, da vuelta á la llave con prontitud, la trampa se abre, y Floresca corre á la abertura.*) ¡qué sospechas!

ESCENA XIX.

Dichos y Drin.

Floresca viendo á Drin queda inmóvil asombrada y alegre, los demas quedan sorprendidos: Drin pasmado de hallarse en tan ilustre compañía.

Adolf. ¿Quién te ha metido en ese subterráneo?

Drin. Una alma en pena, señor.

Adolf. No pienses engañarme.

Drin. Serenísimo señor, (*con prontitud*) voy á contar á V. A. lo que ha pasado en mi alma y conciencia. Estaba yo limpiando esta sala: para adornarla mejor imagino poner estos tiestos en los pedestales como está aquel: quiero bajar el busto de aquel señor guerrero, pero nada, no puedo menearle... (*haciendo fuerza*) vuelvo... ¡eh! y quieto que quieto...

Adolf. Vamos, acaba, necio. (*Impaciente.*)

Drin. Entónces ví que tenia una llavecita en la boca: me tienta la curiosidad, la doy vuelta y zas, sale de repente el señor guerrero de debajo de tierra, vestido de blanco y con un par de pistolas...

Adolf y may. Vestido de blanco.

Drin. Sí señor, disfrazado de oficial.

Adol. Es Federico, no se puede dudar.

Drin. Se arroja á mí, y me coge y me zampa en ese agujero, diciéndome que dentro de una hora me sacaria, si no gritaba... yo no he gritado, señor; pero viendo que el alma en pena no venia...

Adolf. Basta: prended al momento (*al mayor*) á Herman, y traedle á mi presencia.

ESCENA XX.

Dichos y Herman que al entrar habrá oido la órden de Adolfo.

Herm. El mismo se entrega: aquí está.
Flor. ¡Qué dolor! (*ap.*)
Adolf. Servidor indigno, ¿á quién ocultas en este subterráneo? (*colérico.*)
Herm. A un desventurado.
Adolf. A un vil seductor, lo sé.... ¿Dónde está?
Herm. Léjos de estas murallas.
Flor. ¡Os doy gracias, Dios mio! (*ap.*)
Adolf. ¡Inaudíta audacia!
Herm. Pero yo vengo en su lugar... Príncipe, saciad en mí vuestra venganza. A las doce en punto, señora, (*aparte á Floresca*) estad prevenida.
Adolf. No esperes, traidor, moverme (*furioso*) con la apariencia de un sacrificio tan singular... Ambos sufrireis los castigos mas rigurosos.... Capitan, corred al momento á las murallas, mandar que disparen la artillería de la fortaleza: á esta señal conocida en mis estados, saldrán millares de hombres de todas clases á perseguir al vil desertor, cuyas señas voy á enviar al punto á todas partes. (*Vase el capitan.*)
Herm. Señor, V. A. me condena al mismo tiempo que mi conciencia me absuelve. Debo ser castigado, no por haber socorrido al infeliz que ha venido á refugiarse á mis brazos, si no por haber espuesto su vida por un olvido fatal.
Adolf. ¡Qué insolencia tan estraordinaria! Mayor, manda sepultar ese hombre en los calabozos de la prision de estado.
May. ¡Cruel encargo! (*ap.*)
Flor. Príncipe, yo imploro vuestra clemencia.
Adolf. ¡Pérfida! cómplice de mis enemigos, retiráos á vuestro aposento.
Herm. Ya está salva. (*Ap.*) Señor, Federieo y Herman no son de ese número. V. A. se convencerá si se digna concederme una audiencia secreta.
Flor. ¿Qué querrá decir? (*Ap.*)
Adolf. Vanos pretestos para ganar sin duda el tiempo necesario al fugitivo... pero no mas tardanza... llevadle.
May. ¡Y me veo obligado á poner entre cadenas á mi bienhechor! (*Ap.*)
Herm. Señor mayor, cumplid vuestro deber. Herman no teme los calabozos ni la muerte: su objeto se ha cumplido, y su corazon está puro. El motivo que le hace culpable no le envilece, y si S. A. se dignase escucharle, este Herman que manda aprisionar, seria quizá colmado de nuevos beneficios.
May. y Elor. ¡Estraño misterio! (*Ap.*)
Adol. Por última vez: desdichado (*con furor*) el que ose retardar un solo instante la ejecucion de mis órdenes. Soldados, guardad esta puerta y rondad al rededor de la galería. Arrancad esos festones y guirnaldas; quiero que los preparativos de este infame himenéo desa-

parezcan de mi vista, y que todo en mi palacio anuncie la próxima y terrible venganza de un Soberano ultrajado. (*Se llevan á Herman. Floresca, siempre con los ojos fijos en él, entra en su aposento.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

NOCHE: LA LUNA ILUMINA LA ESCENA.

El teatro representa las márgenes del Danuvio que atraviesa por el fondo de la escena: del lado de ella montañas: del de acá una roca escarpada transitable que se adelanta en el rio: á la derecha un árbol corpulento solo, á cuyo pié habrá un banco de madera: á la izquierda una casa rústica: al mismo lado un matorral, y varios árboles &c.

Al levantarse el telon algunos pescadores y pescadoras estan dispersos por la escena; unos echan un gran esparavel desde la cima de la roca, y otros componen redes &c. Catalina sale de la casa y cierra la puerta con misterio.

ESCENA PRIMERA.

Pescadores y Catalina.

Catal. Parece que habeis hecho hoy una gran pesquería.

Pesc. Muy abundante, Catalina: tengo órden de llevar al palacio de Presburgo mañana al anochecer todo el mejor que salga... y la noche está hermosa para pescar.

Catal. ¡Qué famosa boda! será digna de verse.

Pesc. Yo lo creo.

Catal. Y la pesca será para la mesa del príncipe.

Pesc. Dicen que hay convidadas mas de trescientas personas: tú irás allá con la señora Getrudis, que tiene la proteccion de su sobrino Drin, y...

Catal. Pero á mi ama no la gusta el bullicio de la corte; mas quiere estar dando cabezadas en su silla todo el dia... ahora me aprovecho de su sueño para venir á hablar un poco con vosotros... no quiere que la deje un instante cuando está dispierta, pero es tan buena que nunca me canso de estar á su lado.

Dentro Getr. ¿Catalina? ¿Catalina?

Catal. Se ha despertado, como me va á regañar. (*Se encamina á la casa á tiempo que Getrudis abre la puerta. Cañonazos léjos.*)

ESCENA II.

Dichos y Getrudis.

Getr. ¡Dios mio! muchachos, ¿ois? ois?

Pesc. Sí señora, suenan los cañonazos de la montaña, y me parece que esta tarde se oyeron los de Presburgo. (*Cañonazos.*)

Catal. ¡Otra vez!

Getr. Algun reo de estado que se habrá escapado de la fortaleza.

Pesc. ¡O! algun desertor. Muchachos, recojedlo todo.

Getr. Pues será de un grado superior, porque ordinariamente no tiran mas

que tres cañonazos. Mañana sabré de cierto lo que es, porque son mis dias, y mi sobrino Drin vendrá á dármelos, y me lo contará.

Pesc. ¡ Quién sabe ! será tal vez algun malhechor ! pero no nos metamos en esto : es órden de nuestro Soberano, y es preciso obedecerla... Vamos, muchachos, pronto á armarnos, y salir á campaña. Hasta luego, señora Getrudis.

Getr. Id con Dios.

ESCENA III.

Getrudis y Catalina.

Catal. ¡ Algun malvado !.. hay tantos que...

Getr. El número (*sentándose en el banco*) de los buenos disminuye todos los dias, y creo que su especie se acabará enteramente.

Catal. Ya que usted se sienta á coger el fresco ¿ quiere usted que me siente al lado de usted? me gusta tanto escuchar á usted?

Getr. De buena gana, hija mia. (*Catalina se va á sentar á su lado.*) No, aquí, ponte á este otro lado, que era el sitio de mi pobre Luisa: quiero figurarme todavía algunas veces que estoy junto á ella.

Catal. Eso era que yo queria evitar... ya tiene usted los ojos bañados en lágrimas.

Getr. ¡ Ya no vive ! (*suspirando*) el cielo me llevó mi hija. ¡ Ay ! bien la podia llamar así. La desgraciada criatura bien castigada está de su desdichada pasion.

Catal. Hace ya mucho tiempo que me ha ofrecido usted contarme del todo este triste suceso. Usted me ha dicho que un señor de la ciudad, buen mozo, que cazaba algunas veces en estos contornos, encontró á Luisa allá bajo en la pradera, se enamoró de ella, y venia despues todos los dias al mismo sitio solo por verla y hablarla, pero no sé mas.

Getr. Ahora te diré lo que falta, para que las desgracias de Luisa te libren de esperimentar nunca otras semejantes... pero te encargo el secreto, Catalina.

Catal. Pierda usted cuidado, señora.

Getr. Durante un viaje que me ví obligada á hacer á veinte leguas de aquí á recojer la herencia de un hermano mio, quedó Luisa sola por guardiana de mi casa. El señor de la ciudad, cuyo nombre ocultó siempre Luisa, empleó todos los medios imaginables para seducir esta desventurada criatura, violó el asilo de la inocencia, y desapareció, dejando á Luisa con el arrepentimiento una prenda demasiado cierta de la debilidad que habla tenido con aquel vil seductor... Juzga tú, hija mia, mi dolor y el suyo, cuando á mi vuelta, al cabo de algunos meses, me confesó, arrojándose á mis pies que era madre sin ser esposa. La vergüenza y la pesadumbre la arrastraron al sepulcro dos años despues... Aquí está la carta (*saca un taleguito de piel*) donde escribió su última voluntad, me la entregó al tiempo de morir, exigiéndome la

promesa de no dársela á su hijo hasta que hubiese cumplido veinte y cinco años, y el año que viene quedará satisfecha...

Catal. Pero ¿qué ha sido de él?

Getr. Yo le crié (*con voz baja*) hasta la edad de cinco años, bajo el nombre de Santiago, diciendo á todos que era un expósito... pero el honrado Henman...

Catal. El intendente del palacio de Persburgo?

Getr. El mismo: ese antiguo amigo de mi difunto marido, el que murió siendo primer guarda-bosques de los príncipes palatinos, se lo llevó consigo, diciéndome: "Getrudis, el tiempo es un gran "maestro: él descubrirá secretos "importantes."

Catal. ¡Secretos importantes! pero ¿qué será aquello? (*ruido.*)

Getr. Mira bien... si será el pobre á quien persiguen... me voy á entrar. (*levántanse.*)

Catal. Señora, señora, si es Drin!

Getr. ¿Mi sobrino?

Catal. Con una cuadrilla de aldeanos.

Getr. ¡Es posible! (*nube y truenos.*)

ESCENA IV.

Dichas, Drin y aldeanos.

Drin. ¡Tia Getrudis! (*corriendo á abrazarla.*)

Getr. ¡Querido Drin! ¿á qué vienes por aquí?

Drin. No es á dar á usted los dias, aunque la quiero á usted mucho...

Getr. Pues ¿á qué? ¿qué ha sucedido?

Drin. La historia mas terrible que ha oido jamas el mundo. Tenga usted, mire usted este papel escrito con letras de molde, son las señas de un desertor, que no han visto otro como él los nacidos... es famoso, sí señora. (*tempestad y nubes.*)

Getr. Sí, ya hemos oido los cañonazos.

Drin. Los han tirado en todas partes, en las murallas, en los castillos, en los caminos en las montañas, y de órden del príncipe mismo, que quiere cogerle vivo, ó muerto para castigarle.

Getr. ¿Qué dices?

Drin. No es chanza. Hay mas de cien mil... ¡qué! mas de diez mil personas tras él... y premio doble esta vez al que le atrape.

Get. ¿Y tú quieres tambien?

Drin. Como los demas empleados en palacio, como los buenos vasallos que han mandado salir al instante... yo cuando he visto que ya no hay comida de boda, me he ofrecido el primero á traer y repartir en nuestro lugar un paquete grande de estos carteles, donde está escrita su fisonomía, su talla... tengo mas interes que los demas por vengarme... (*Truenos.*)

Get. ¿De un desgraciado?

Drin. Se ha fingido duende... es el cuento del calabozo, y la cabeza de bronce.. No lo sabe usted? se erizan los pelos...

Get. Tú que has sido siempre tan compasivo...

Drin. Lo soy, es verdad, pero es preciso no ser bestia. Yo se lo contaré á usted despues, por que ahora voy á despachar á estos. Quiere

cada uno su papel, y no me queda mas que este, he dado los otros por el camino. No hay mas arbitrio para contentar á un tiempo á todos que pegar el último en este árbol.. Tia, déme usted cuatro alfileres.

Get. No tengo. (*con enfado.*)

Cat. Ni yo tampoco.

Drin. ¡Ah! aquí los tengo yo en la manga, (*pone el cartel*) de este modo podrán leer á su gusto. Ya está. (*leen los aldeanos.*)

Getr. Tanto zelo contra un infelice!

Drin. No soy yo, sino las órdenes... Y aun cuando fuese yo el que le tuviese ojeriza, piensa usted que no tendria razon? no me ha quitado mi vestido nuevo carmesí, cuando salió del calabozo para meterme á mí? (*léjos truenos.*) Tambien los truenos! ¡qué dia, Dios mio!

Get. No entiendo lo que dices.

Drin. Como se lo tengo de esplicar á usted; pero la tempestad se acerca: ¡qué nubarron tan negro por allí! (*Truenos y obscurece.*)

Get. ¿No dices que el desertor te ha quitado los vestidos?

Drin. Ya lo vé usted. He tenido que ponerme el que tenia cuando era aprendiz que es un poco rabon. Espere usted, la contaré... (*truenos mas cerca.*) ¡Dios mio! entremos en casa.

Get. Sí, venid á poneros al abrigo (*á los aldeanos.*)

Todos. ¡Ay! (*Relámpago y trueno espantoso.*

Get. Cat. y Drin. Misericordia! (*Tapándose los oidos entran todos en la casa.*)

ESCENA V.

Federico aparece en medio de los relámpagos, se detiene agoviado de fatiga, cae, se levanta, y alzando las manos al cielo, dice:

¡Qué! no bastan mis crueles perseguidores? el cielo ardiendo, los elementos, la naturaleza toda se conjura contra mí. (*Se acerca y mira á todos lados, buscándo la casa de Getrudis, que no distingue todavía.*) No acierto; pero no debo estar léjos de la casa de Getrudis, cuna de mi infortunio.. percibo uua débil claridad. Esta es la gran roca al lado del Danubio: el árbol copado.... conozco este sitio.... Allí (*señalando la casa*) es donde los cuidados de aquella virtuosa muger han sostenido durante cinco años de mi infancia... Allí ha de venir Floresca con Herman, si nuevas desgracias no se oponen á su fuga... Tiemblo que aquel miserable que hice bajar al subterráneo no haga ruido antes que puedan sin testigos volverle la libertad... ¡qué oigo, cielos! (*escuchando*) qué ruido confuso... pronuncian mi nombre... hablan de la sentencia del desertor. Yo desertor, tenido por cobarde... esta idea me mata. Pero ¿dónde iré? ¿dónde hallaré otro asilo? no puedo con tantos males... el temor, el peligro, la marcha forzada... Dios mio! Ya no puedo mas, mis fuerzas me abandonan. (*Se recuesta en el banco, y desmáyase.*)

ESCENA VI.

Dicho, Drin con luz y aldeanos.

Drin. Pasó la tempestad... (*A media voz.*) pero decís bien que es necesario no meter ruido, podria venir aquí... Qué golpe, si le pescase á la sordina!

Ald. El cielo está muy cargado, (*A media voz.*) pero nos volvemos al lugar, tomando la senda, en un cuarto de hora estamos allá.

Drin. Registrad bien el camino, las zanjas, los carriles, y acordaos que tiene mi vestido carmesí. Buenas noches... (*Se aleja.*) Esperad, decid. (*Corriendo tras ellos.*)

Ald. Qué quieres? (*Volviendo.*)

Drin. Que volvais á leer las señas para refrescar la memoria. (*Vuelve la luz hácia el árbol y retira.*)

Ald. Bastante las hemos leido... Y se las habrá llevado el aire... A Dios. (*Desap.*)

ESCENA VII.

Federico en el banco, y Drin al foro.

Drin. No se le habrá llevado el aire, porque estaba bien clavado; la lluvia será la que le habrá roto, voy á verlo. (*Se acerca con la luz.*) que será aquel bulto?... Dios mio! un hombre, y está dormido ó muerto, (*Federico suspira, y Drin tiembla, y vacila la luz.*) No está muerto, sino soñando. Qué veo? mi vestido! si, el mismo desertor... si despierta y me conoce estoy perdido. (*Se retira temblando.*) Si pudiera llamar á los aldeanos ya estaba cogido... siento aquí una cosa que parece me dice: (*Señalando al pecho.*) qué te ha hecho ese pobre hombre para entregarle así? te ha quitado el vestido, es verdad, pero algun dia te le volverá... Y si tú eres causa de su muerte, no puedes volverle la vida.

ESCENA VIII.

Federico en el banco y Drin.

Cat. Drin, que te aguardan. (*Desde la puerta*)

Drin. Tia, tia? (*En voz baja, haciendo entrar á Catalina temblando.*

ESCENA IX.

Federico volviendo en sí.

En dónde estoy? me persiguen, no hay duda! me observan... he oido hablar.

ESCENA X.

Federico recostado, y en la actitud de un hombre que escucha: dos oficiales con granaderos.

Capit. Maldito sea el desertor que nos hace correr por estos barrancos, y con un tiempo infernal.

Feder. No me he equivocado. (*Con voz baja.*)

Capit. Alto. (*A los granaderos.*)

Ten. Hace usted bien, mi capitan, porque estamos estropeados.

Feder. Dios mio! ya están junto á mí, si doy un paso me van á ver.

Ten. Podemos sentarnos al pie de al-

gun árbol, que estàrá ménos mojada la tierra.

Fed. El cielo me inspira. (*Los oficiales se acercan observando: Federico se desliza furtivamente debajo del banco: los granaderos descansan, algunos se sientan en el suelo, uno de ellos inmediato al banco.*) (*Ap. con pront.*)

Capit. Vamos, aquí hay justamente un banco, y caberemos los dos.

Ten. Es verdad, bastante hemos patrullado el monte.

Capit. Y los caminos, las bocas, los atajos, y no hemos encontrado á nadie.

Ten. Desearia atrapar á Federico.

Capit. Yo al intendente Herman, que ha favorecido la fuga del desertor y de la princesa.

Ten. No quisiera ser yo el Mayor que ha dejado escapar á Herman de la prision de estado.

Capit. Tengo un recelo. (*Con voz baja.*)

Ten. Cuál es, mi capitan?

Capit. Creo que en eso hay alguna cosa oculta, es preciso ver... (*Federico hace un ademan de espanto.*)

Ten. Sí, es preciso. (*Dándole con el pie, Federico suspira, y los oficiales se vuelven y escuchan.*

Capit. Jurara que he oido. (*Un granadero sentado cerca de los dos, estiende los brazos y respira fuerte.*)

Ten. Son nuestros soldados que descansan.

Capit. Tenian mucha intimidad el mayor y el intendente.

Ten. Dicen que el Mayor le debia muchos favores.

Capit. Vamos á proseguir nuestra marcha.

ESCENA XI.

Dichos, Drin, Gertrudis y Catalina.

Drin. Vengan ustedes, y le veran tendido en el suelo.

Getr. Que imprudencia! (*Con voz baja.*) pon la cesta de las provisiones junto á él; pero sin meter ruido, hija mia.

Cat. Bien está, señora. (*Con voz baja.*)

Drin. Despues yo buscaré modo de despertarle sin que se asuste, para que se vaya de aquí. (*Se acercan los tres con precaucion.*)

Capit. Quién se acerca tan despacio?

Ten. Me parece que percibo...

Capit. Chito!

Drin con voz baja. Mírele usted. (*Ha tenido cubierta la linterna, la vuelve paraque vean á Federico, y alumbra á los dos oficiales que se levantan. Drin, Gertrudis y Catalina se sorprenden y aterran.*)

Capit. Quién va? A las armas.

Cat. Dios mio! (*Gritando.*)

Drin. Hola! (*Los soldados rodean á los tres, y Catalina deja la cesta junto al matorral.*) no tengan ustedes miedo de nosotros.

Capit. Dónde vas? qué buscas? de dónde vienes?

Drin. De allí, venia aquí con mi tia, que es esta, he gritado, hola?... porque no creí que eran ustedes, no hay mas que esto, y ahora me vuelvo.

Capit. No; aguárdate: ¿qué venias á hacer aquí á estas horas?

Drin. Pues no es tan tarde.

Getr. Señores, se me habia olvidado...

Drin. Sí, los anteojos, aquí donde trabaja todos los dias: aquella es su casa, ese árbol, ese banco, son

suyos... si estos señores quieren refrescar con un trago de vino bueno, pueden entrar todos, todos sin cumplimiento.

Capit. Pero venir con tanta precaucion! ustedes son gentes sospechosas.

Drin. ¿Cómo sospechosas?.. sepan ustedes que yo soy...

Capit. Silencio... (*ap. al teniente.*) si ocultarán en la casa al desertor?

Ten. Y vendrán quizá á ver si podrá salir sin riesgo.

Capit. Registre usted al instante la casa.

Ten. Voy allá. (*Entra el teniente con soldados.*)

Capit. Yo guardaré la salida.

Getr. Registren ustedes lo que quieran, y verán que no somos capaces de engañar.

Drin. Yo me hallo aquí á lo mismo, á ver si puedo atrapar al desertor. (*Se arrima al banco involuntariamente.*) Le tengo unas ganas á ese maldito, que me ha robado mi vestido...

Capit. ¿Con que ha estado aquí?

Drin. No señor... pero ¿qué no me conoce usted?.. yo soy Drin, el barrendero mayor del palacio de Presburgo, á quien ha sucedido la terrible desgracia de la cabeza de bronce.

Capit. En efecto, creo conocer...

Drin. Pues me han enviado de correo á traer á este parage un monton de docenas de las señas... aquí tengo las últimas... acérquese usted á este árbol, y si miento permita Dios que los dos ceguemos.

ESCENA XII.

Dichos, el teniente y los soldados que salen de la casa.

Capit. ¿Qué hay?

Ten. Nada: no hay ningun indicio ni rastro de lo que buscamos.

Capit. Pues sigamos nuestra marcha. Entrense ustedes en su casa, y no se expongan otra vez á semejante encuentro.

Getr. Esté usted seguro, señor capitan.

Drin. Buenas noches, mi capitan.

Ten. Sin embargo estas gentes me dan sospechas. (*Aparte al Capitan.*)

Capit. (*Ap. al teniente.*) Sí, y tengo un proyecto; vamos. (*Vase, le siguen los tres, y vuelven.*)

ESCENA XIII.

Drin, Getrudis, Catalina y Federico debajo del banco: aclara un poco el teatro como que luce la luna: Federico se levanta con precaucion, y se oculta entre los árboles.

Fed. ¡Qué terrible agonía! no hay efugio, hasta ese hombre, nacido para mi perdicion, ha llegado á este sitio ántes que yo para privarme tambien de asilo y de socorros.

Drin. Bien pueden alabarse (*Volviendo á la escena*) de haberme causado un miedo terrible.

Cat. Todavía estoy temblando.

Getr. Tú tienes la culpa por tus visiones.

Drin. ¡Yo! si digo á usted que estaba allí: le he visto, como veo ahora á usted.

Fed. ¡Qué oigo! (*ap.*)

Getr. No sabes lo que dices, entre-

mos en casa (*á Catalina*) ¿Que has hecho de la cesta?

Cat. Aquí está, señora, la escondí al instante cuando ví á los soldados.

Drin. Tia, mejor será dejarla encima del banco por si vuelve ese pobre.

Fed. ¡Qué lenguaje! (*ap.*)

Getr. No dejará bocado.

Drin. Pero venga usted á ver como estaba cuando yo le ví: (*Se recuesta como estaba Federico*) así tendido como yo, y como desmayado de sueño.

Get. ¡Qué fortuna que no le hayan sorprendido!

Drin. Me ha causado una lástima al pronto... se me figuraba que me decia: » ¡Qué animal eres! tú ¡has causado mi desgracia!" Mire usted, tia, entonces conocí que yo era compasivo, y ahora lo conozco, porque (*enterneciéndose por grados.*) si estuviera aquí ese pobre mozo, me arrojaria en sus brazos y le pediria perdon, mil perdones.

Fed. Pues él te los concede (*corriendo á la escena.*) Silencio. (*Getrudis y Catalina se apartan espantadas: Drin da un salto hácia atras.*) Sí, yo soy ese desgraciado á quien persiguen con tanto furor.

Drin. No hay remedio, hoy moriré de un susto.

Fed. Muger respetable, tranquilizaos: aquí teneis el desventurado que recibió la vida en vuestra casa: el capitan Federico, criado por Getrudis bajo el nombre de Santiago.

Los tres. ¡Santiago!

Fed. Apoyo de mi infancia, salvad, (*en los brazos de Getrudis.*) salvad al que habeis amado tanto. Usted sabrá despues los motivos que me han hecho culpable.

Get. ¿Tú eres mi amado Santiago? (*sobresaltada, y se abraza con él.*)

Fed. Sí señora, el mismo. El intendente Herman, mi generoso protector, ha de reunirse muy pronto conmigo en este sitio con mi esposa... pero hasta que lleguen, ocultad, salvad á Santiago, á Federico.

Get. fuera de sí. Sí, le salvaré, (*ruido de caballos* aunque me cueste la vida. (*La música espresará el galope de los caballos. Silencio. Drin escucha al pie de la montaña.*)

Drin. Es la caballería.

Getr. Venid todos, vamos. (*Llevándose á Federico, y Drin queda observando.*)

Drin. Creo percibir con la claridad de la luna muchos destacamentos en las alturas.

Dentro voz. Quién vive? (*A lo lejos*) *Idem otra.* Soldados del Príncipe. (*Lo mismo.*)

Drin. Oyen ustedes?

Getr. Ya se acercan: entrémonos al instante.

Feder. Pero si esas patrullas vienen registrando....

Catal. Habria peligro... es necesario que no entre usted en casa.

Feder. Qué remedio hallaremos? (*agitado.*)

Catal. En este espeso matorral, mientras pasan.

Drin. Sí, aquí entre estas ramas caben cuatro sin que nadie los pueda ver: escóndase usted al instante.

Catal. Sí, al instante, y tome usted esta cesta.

Feder. Oh providencia! (*Se esconde.*)

Getr. La imploramos por ti. (*Entra con Catalina: Drin observa, y se retira corriendo.*)

ESCENA XIV.

Floresca con cada y gorra de granadero ó húsar, Brener y Franc vestidos del mismo modo, Federico oculto.

Flor. Esta es la casa. (*Voz baja*)
Bren. Estamos á un cuarto de legua de la aldea de Heils-Brun: aquí es.
Flor. Sí, aquí ha de ser.
Feder. Estaba perdido (*ap.*) si hubiera entrado en la casa.
Franc. Llamaremos.
Flor. Esperémonos á estar todos reunidos. No podemos engañarnos? (*Llevándolos al otro lado de la escena.*) No hagamos nada sin nuestra guia.... el paso de los caballos habrá puesto las tropas alerta.... Herman lo prevee todo.
Fed. Me equivoco? (*ap.*)
Bren. Oigo ruido entre esas ramas. (*ap. á Floresca*)
Fed. Han pronunciado el nombre de Herman, me adelantaré un poco.
Franc. Nos observan. (*ap. á Flor.*)
Flor. Qué decis?
Fed. Dios mio, qué veo! Dejemos ese matorral. (*Sale, y se desliza por entre los árboles.*)
Flor. Un hombre huye por entre los árboles. (*Agitada*)
Bren. Y sin duda va á bucar refuerzo... carguemos sobre él. (*Brener y Franc con sable en mano se arrojan á Federico que ya está cerca de la roca, le asen, le traen á la escena, y cae al suelo.*)
Fed. Herid, herid, sí, yo soy Federico. (*Tendido.*)
Los tres. Federico! (*Floresca arroja la capa, y le abraza.*)
Flor. Esposo mio! (*Drin se asoma á la ventana.*)
Fed. Franc, Brener, amigos mios, apenas puedo respirar de alegria... Qué equivocacion!

ESCENA XV.

Dichos y Herman: todos corren hácia él.

Flor. Quién se acerca? es Herman?
Fed. Nuestro libertador!
Herm. Moderad esa alegria: apresurémonos.
Drin. Tia, tia, Herman ha llegado. (*Hablando á lo interior de la casa*)
Fed. Incomparable amigo, cómo habeis escapado de la cólera del Príncipe? He sabido que estabais encerrado en una estrecha prision.
Herm. De la cual me he escapado, gracias á la amistad del mayor Durcren! » Todo os lo debo, me dijo, dejadme ser venturoso: el mejor dia es aquel en que uno sirve á la gratitud y á la amistad.

ESCENA XVI.

Dichos, Getrudis, Catalina y Drin.

Gert. Mi estimado Herman, pádre de los desgraciados, el cielo os en-

via para libertar á Federico de la muerte.

Flor. La presencia de mi esposo aumenta mi valór. Sí, en este ardor que me anima en la fuerza de este amor puro y legítimo, que no teme los obstáculos, conozco que millares de soldados no podrán arrancar de mis brazos á Federico.

Herm. No perdamos un instante: las armas y los caballos estan al otro lado del Danubio, y la barca que los ha llevado no puede tardar en volver á la roca.

Drin. Voy á la orilla.

Herm. Drin aquí! malvado.

Fed. No tenemos que temer; me ha dado pruebas evidentes esta noche de su buen corazon y de su celo.

Getr. Respondo de él como de mí misma.

Herm. La barca se acerca, es preciso separarnos. (*á Getrudis.*)

Drin. Ya está aquí la barca.

Herm. Partamos.

Flor. Dios mio, salva á mi esposo. (*Se encaminan todos á la ribera.*)

ESCENA XVII.

La luna ilumina el teatro. Los dichos, el capitan, teniente y granaderos. El teniente aparece con precaucion encima de la roca, da órdenes por señas, y despues tira un pistoletazo. Los soldados entran al momento por varias partes, Federico, Floresca, y los demas personages manifiestan terror, espanto &c.

Capit. Rendid las armas, daos á prision.

Flor. El primero que (*Con sabre en mano*) se acerque cae muerto á mis pies.

Capit. Preparen las armas.

Flor. Teneos. (*Delante de Federico.*)

Herm. Bárbaros, esperad; no sabeis la sangre que vais á derramar.

Fed. Retiraos, granaderos; ya conoceis el furor de Federico en medio de los combates.

Capit. Los granaderos no vuelven nunca las espaldas.

Flor. Valientes amigos, defended la barca, protejamos la fúga de Federico, ó muramos con él. (*Tocan á rebato. Los granaderos avanzan á la bayoneta, se apoderan de la ribera, y rechazan á Floresca y los suyos. La escena se ocupa por una cuadrilla de aldeanos armados que la atraviesan corriendo. Los personages principales vuelven á aparecer. Combate arreglado y tenaz. El partído de Federico es vencedor un momento.*)

Flor. gritando. Huye Federico, librate del suplicio. (*Federico se adelanta hácia la roca, pero la carga redobla. Los granaderos y los aldeanos vuelven á ocupar la escena, unos persiguen á Federico, otros libran á los vencidos. Federico al punto de ser cogido se arroja desde la punta de la roca al Danubio. Floresca se arrodilla en actitud de rogar al cielo. Herman y los suyos están vencidos, amenazados de las bayonetas en diversas actitudes. Algunos granaderos que han subido á la ro-*

ca hacen desde allí fuego hácia el rio: algunos pescadores se echan á nado, otros aparecen en barcas y siguen la corriente rápida que arrastra á Federico.)

ACTO TERCERO.

El Teatro representa lo interior de una casa rústica; en el fondo la puerta de la entrada, y dos grandes ventanas abiertas, por las cuales se ve el campo á lo lejos: á la derecha una mesa rústica: en el mismo lado, y á la izquierda, dos puertas, una en frente de otra, que dan á dos cuartos inmediatos. Frente á la mesa cortina colgada en la pared, donde estarán escritas estas palabras:

En 20 de Julio de 1761 la desventurada Luisa dió á luz un hijo.

Al levantarse el telon se ve un cordon de granaderos que cercan á paso largo el esterior de la casa. Habrá una centinela en cada una de las dos puertas interiores.

ESCENA PRIMERA.

Drin y Catalina.

Drin. Mira, (*viendo pasar los soldados.*) mira, van á bloquear la casa; ni mas ni menos que si fuera una fortaleza.

Catal. Y tú tienes la culpa de todo.

Drin. No me hables de eso, Catalina, que se me parte el corazon; bien castigado éstoy de mi maldita curiosidad con aquella Cabeza de Bronce.

ESCENA II.

Dichos y Getrudis saliendo del cuarto de la derecha.

Getr. Chito: chito, que la desgraciada Condesa está en un abatimiento muy grande: la hará mucho provecho dormir un poco... voy á ver á Herman: el pobre hombre necesita consuelo.

Drin. No está del todo triste, le he visto ahora por las rendijas de la puerta, con permiso del camarada... se pasea de largo á largo de la sala.

Getr. Tiene la esperanza que nosotros, de que el pobre Federico, que dicen que es escelente nadador, consiga libertarse de los que le persiguen.

Drin. Parecia un barbo como nadaba y se hundia.

Getr. Mientras hablo á Herman, ve tú al pueblo á buscar provisiones, pues hasta que vuelva el correo que han enviado á presburgo nuestros dos desgraciados prisioneros necesitarán alguna cosa.

Catal. Quiere usted que vaya con Drin? (*Vase.*)

Getr. No, no, porque podré necesitarte aquí.

Drin. Tia, no le hable usted al señor Herman de mí...

Getr. Bien: toma dinero y compra lo mejor que encuentres.

Drin. Ya sabe usted que soy buen comprador... aunque no haya en el mercado mas que un pavo, será para mí.

Sale Catal. Drin, aquí tienes la cesta. (*La pone en la mesa.*)

Getr. Siempre has de hacer lo mismo. No te he dicho ya mil veces que no pongas nada encima de esa mesa.

Catal. Tiene usted razon. (*La quita.*)

Drin. Y por qué, tia?

Getr. Eso no te importa: vete.

Drin. Calla, calla! (*Mirando la mesa*) letras en figura de escrito de imprenta: yo no lo habia visto hasta ahora.

Getr. Vamos, despacha. (*Agárrandole del brazo*)

Drin. Es posible que habiéndome criado con tanto esmero, se les haya olvidado enseñarme á leer. (*Vase.*)

ESCENA III.

Getrudis y Catalina.

Getr. Qué dia! qué lances, Catalina!

Catal. No me hable usted de eso, señora.

Getr. La pobre Condesita (*mirando al cuarto de la derecha.*) está pensativa: vete á acompañarla. Si por casualidad quiere quitarse los vestidos de hombre que la incomodarán, la darás los que acaba de traer la hija de nuestro alcalde, que ha venido á ofrecerla cuanto necesite.

Catal. Bien, señora.

Getr. Yo voy á ver á Herman.

Catal. Es menester ir á buscar uno de los oficiales, y... pero mire usted cuantos vienen por aquel lado...

Getr. Y uno á caballo en medio de los demas.

Catal. Qué sofocado viene!

Getr. Ya se apea.

Catal. Algun enviado del Príncipe.

Getr. Dios mio, sin duda viene á buscar nuestros desgraciados presos!

ESCENA IV.

Dichas, el Mayor, el Capitan y el Teniente.

Mayor. Cómo le han dejado ustedes escapar? Si yo me hubira hallado aquí...

Cap. En vano se arrojaron á nado los pescadores, en vano se le hizo fuego. Federico, favorecido por la corriente rápida, desapareció de nuestra vista.

Mayor. Quién está en esa sala?

Capit. El intendente Herman.

Mayor. Y la Condesa Floresca?

Ten. En aquella.

Mayor. Que venga Herman. (*va el Teniente.*)

Getr. Ahora le veremos. (*á Catal.*)

Mayor. Señoras, sálganse ustedes.

Getr. Señor Mayor, es que...

Mayor. Salgan ustedes repito. (*Getrudis y Catalina se retiran al aposento de Floresca. Uno de los oficiales abre la puerta de enfrente, cuya llave saca del bolsillo.*)

ESCENA V.

Dichos y Herman, que al ver al Mayor hace un movimiento involuntario, y el Mayor dice á los oficiales.

Mayor. Señores, yo me he adelantado algunos instantes á nuestro Príncipe: (*Nuevo movimiento de*

Herman.) El mismo ha querido venir á buscar su ilustre fugitiva. Preparanse ustedes para recibirle (*Los oficiales saludan, y salen. Las tropas que estan fuera de la casa hacen un movimiento. Los granaderos que estan de faccion en la sala se retiran al fondo dela escena.*

ESCENA VI.

El Mayor y Herman.

Herm. Querido Mayor, la desgracia me persigue. (*á media voz.*)

Mayor. Pero la amistad no nos abandona.

Herm. Hombre generoso, no ha hecho usted ya bastante por mí?

Mayor. No, porque quiero libertar á usted todavía del furor del Príncipe.

Herm. Es posible!

Mayor. Con el pretesto de apresurar su venganza, me he adelantado, paraque ninguno se encargue sino yo de poneros en prision.

Herm. Y qué! el Príncipe!...

Mayor. Ha creido que vuestra fuga ha sido por descuido del alcaide de la fortaleza á quien yo gané con mis dádivas: no ha sospechado en mí, y así no he perdido su confianza. Esta vez, querido Herman, no podré daros libertad, pero ó hemos de perecer los dos, ó salvaré vuestra vida.

Herm. Digno amigo! (*Queriendo arrodillarse.*)

Mayor. Qué hace usted? no ve usted que no estamos solos?

Herm. Dios mio, haced que mí querido Federico, si vive todavía, halle tambien un ser compasivo, un generoso protector.

Mayor Segun los partes que han llegado, le han perdido de vista.

Herm. Temo que herido de algun balazo haya hallado la muerte en el seno de las aguas... esta idea me anonada.

Mayor. Pero por que se interesa usted con tal viveza por ese jóven?

Herm. Ah, querido Mayor! si usted le conociera como yo, usted le amaría del mismo modo.

Mayor. No: un desertor no me inspira compasion.

Herm No ha dejado sus banderas por cobardía.

Mayor. No se capitula con el honor, os lo advierto. Desgraciado de él si cae alguna vez en mis manos!

Herm. Qué dice usted?

Mayor. En cuanto á eso soy inecsorable; aunque la misma condesa Floresca se pusiese á mis pies... (*Se oye un redoble á lo lejos.*) Ahí está el Príncipe.

Heam. Cielos! ojalá que la vista de esta casa, si la reconoce, conmueva su corazon, y produzca en su alma algun arrepentimiento á lo menos. (*aparte.*)

Mayor. Es necesario partir para la fortaleza de Presburgo: al instante iré yo allá á veros.

Herm. Obedezco vuestras órdenes, Mayor. Pero podré hablar por un momento á la Condesa y á la respetable muger, dueña de esta casa?... tenia cosas importantes...(*El tambor toca llamada, y se oye de mas cerca.*)

Mayor. Es tarde ya, Herman. Te-

ma usted la presencia de un monarca justamente irritado.

Herm. Ah! la última, (con *interes.*) la única gracia que os pide Herman, es que no sirvais contra el desgraciado Federico, si el destino fatal le pone en poder del Príncipe, hasta que sepais un secreto.

Mayor. Un secreto?

Herm. Sí: un secreto hasta ahora impenetrable, y al cual está unida la suerte y la felicidad de muchos individuos: me lo prometeis? responded, Mayor, me dáis palabra?....

Mayor. Nada os prometo, porque todo dependerá de las circunstancias.... Partid, Herman, partid. (*El tambor toca de muy cerca. El Mayor habla al oido al Teniente, encargado de conducir á Herman, que entra en la escena. Herman sale mirando al Mayor, y este procura ocultar su sentimiento.*)

ESCENA VII.

El Mayor, Floresca y soldados, Floresca, á quien habrá despertado el ruido del tambor, sale de pronto, trae el caballo tendido, y da muestras de tener su juicio un poco estraviado; recorre con rapidez el interior de la sala.

Flor. Dios mio! qué ruido? Ah! señor Mayor, dónde está Federico? qué ha sido de él?

Mayor. Está fuera de sí. (*Aparte.*)

Flor. Ha sido sueño? no: yo le he visto arrojarse desde la roca... se ha libertado, no es verdad, señor Mayor?.... se ha libertado...

Mayor. Pero, señora...

Flor. Venid, venid conmigo: volvamos á palacio... quiero echarme á los pies del Príncipe, regarlos con mis lágrimas, y no dejarle hasta que no haya logrado el perdon de Federico... Venid, señor Mayor: vamos. (*Ase la mano del Mayor, y se le lleva por fuerza hácia el fondo del Teatro al tiempo que entra el Príncipe.*)

ESCENA VIII.

Dichos, Adolfo, Getrudis, Catalina, oficiales y soldados &c. Floresca al ver á Adolfo retrocede espantada; Getrudis y Catalina entran entre la comitiva.)

Adolf. En efecto, señora, conozco que es difícil soportar el aspecto del hombre á quien se detesta, y del Príncipe á quien se ha engañado tan indignamente. Sin embargo, este Príncipe, mas enamorado que indignado, viene él mismo á disculpar vuestros yerros, y á daros muestras de su clemencia.

Flor. Qué oigo! (*Aparte.*)

Adolf. Mayor, volved á Presburgo. En cuanto al pérfido Herman, no quiero verle ni escucharle. Disponedlo todo de manera que sea conducido con buena escolta á la prision de estado. Esta vez me respondereis de su persona con

vuestra cabeza. Señores, (*á los oficiales*) recorran ustedes las riberas del Danubio escrupulosamente, no se haya retirado el desertor rebelde á alguna habitacion, ó á los montes inmediatos. (*Los oficiales se dirigen hácia el fondo de la escena á tiempo que entra el capitan.*)

ESCENA IX.

Dichos y el Capitan.

Cap. Señor Mayor, por entre una nube de polvo se ve una multitud de paisanos que viene hácia aquí.

Mayor. Señor, voy á reconocerlos, y daré parte á V. A.

ESCENA X.

Dichos, escepto el Mayor y Capitan.

Flor. El espanto se apodera de mí... (*ap.*) Qué siniestros pensamientos.

ESCENA XI.

Dichos y Drin. Este entra corriendo sin poder alentar, y sin reparar en Adolfo.

Drin. Tia! tia!

Getr. Qué traes?

Drin. Pues tia le han sacado del agua. (*Balbuciente.*)

Todos. Cómo? á quién?

Drin. Al pobre desertor.

Flor. Dios mio! yo muero...

Todos. Es cierto? es verdad? (*menos Floresca, y Getrudis dice aparte á Drin.*)

Getr. Qué has hecho, malvado?... delante de la Condesa y del Príncipe...

Drin. Jesus! (*asustado*) qué desgracia tengo hoy en la mano y la lengua!

ESCENA XII.

Dichos y el Mayor.

Mayor. Señor, el capitan Federico está preso. Despues de haber luchado mucho tiempo con las aguas, iba á perecer, cuando los pescadores consiguieron apoderarse de él. Vuelto en sí, hizo tan repetidos esfuerzos para escaparse, que consumido de fatiga ha sido preciso traerle en hombros.

Flor. Desventurado... voy á recibirle. (*agit.*)

Adolf. Quedaos, Floresca: y vos Mayor, formad inmediatamente el consejo de guerra.

Flor. Dios mio!

Mayor. En qué sitio, señor?

Adolf. En el lugar mas inmediato.

ESCENA XIII.

Los dichos, Federico, aldeanos, pescadores y soldados. Se ven en el fondo algunos soldados que preceden á Federico, á quien conducen en unas angarillas. Sus vestidos parece que estan mojados todavía. Floresca se arroja á él gritando: dos soldados cruzan los fusiles y la detienen.

Flor. Federico!

Feder. Floresca, querida Floresca;

(*alargándola los brazos.*) ya ves que no he podido huir de la suerte que me estaba reservada.... No te volveré á ver; el suplicio me espera. Pero siempre digno de tí, le sufriré con valor. Mi último suspiro será por mis bienhechores y por tí... A Dios... Pido al Todopoderoso que salve al virtuoso Herman: pido al monarca el perdon de mi delito, y á Floresca el juramento de no ser jamas sino de su esposo.

Todos. Su esposo!

Flor. Sí, yo lo juro (*apresurada*) á la faz del cielo: sí, cayó el velo... Soy esposa de Federico: hace un año que contrajimos este lazo indisoluble... El silencio y el amor han favorecido esta union sagrada... Leed príncipe. (*Saca un papel. Adolfo toma el papel, y lee apresuradamente.*)

Adolf. ›› En la capilla sbbterránea ›› de palacio... á las doce de la ›› noche, en prssencia de Her- ›› man y de un solo ministro del ›› altar.” O colmo de la traicion! (*rompe el papel.*)

Flor. Señor! señor!

Adolf. Yo anulo este acto ilegal.

Flor. La venganza no puede romper los lazos que ha bendecido el Eterno.

Adolf. Los romperá la muerte. (*Furioso.*)

Flor. Yo merezco sola el castigo: por mi ha sido criminal.

Adolf. Mayor, ejecutad mis órdenes.

Flor. Cruel, inhumano, inmolarás dos víctimas á un tiempo. (*Al mismo tiempo que el Mayor va á salir, penetra Floresca, y se arroja á las angarillas en que está Federico, y ambos se abrazan estrechamente. Los aldeanos, Getrudis, Catalina y Drin, se arrodillan á los pies de Adolfo gritando.*)

Todos. Perdon, perdon.

Adolf. Jamas para un desertor. (*El Mayor despues de muchos esfuerzos, consigue separar á Federico y Floresca, á quien llevan al lado opuesto, la entran en su cuarto, y la siguen Getrudis y Catalina. Los demas salen con Federico por la puerta del fondo.*)

ESCENA XIV.

Adolfo y algunos guardias al fondo.

Adolf. Qué dia tan horroroso!... engañado, vendido por los mismos que merecian toda mi confianza... Pero es posible que Floresca sea esposa de Federico?.. Infame Herman! Qué venganza! (*se sienta junto á la mesa.*) Rival de un ser obscuro, cuyo nacimiento se ignora todavía; de un ser á quien he colmado de beneficios, y que deshonra á un tiempo á su protector, y al uniforme que le distingue. Pero qué veo? (*mirando encima de la mesa, hace un movimiento de sorpresa.*) Qué nombre está grabado en esta mesa? Siempre le he de ver y oir en todas partes! ›› Luisa, desventurada ›› Luisa”.. (*se levanta.*) Cómo será? pero este sitio no me es

desconocido... Sí, aquí es, aquí mismo, (*mirando á todas partes.*) donde vi la primera vez aquella muchacha, cuya hermosura llamó mi atencion, y turbó mi alma... Qué fatalidad me conduce á esta casa!...

ESCENA XV.

Getrudis y Adolfo.

Getr. Señor, la Condesa ha sido conducida al emparrado que está al fin de mi huertecillo: no quiere salir de él, sino para participar la suerte de su esposo.

Adolf. De su esposo! (*colérico.*)

Getr. Perdonad, señor, estas son sus mismas palabras.

Adolf. Pudieras haber escusado el venir á repetirlas. (*vuelve á inclinarse, y mirar á la mesa.*)

Getr. Yo no he venido espresamente á eso, señor: venia á ofrecer á V. A. algun refresco, porque el calor es tan grande... tengo leche... frutas... Cómo mira la (*ap.*) mesa favorita de mi pobre Luisa

Adolf "Verter amará á Luisa (*en voz baja*) "toda su vida." Yo mismo grabé estas palabras en un momento de delirio.

Getr. Se aumenta su curiosidad. (*ap.*) Si yo pudiera conseguir escitar su compasion por la madre, quizá le ablandaria en favor del hijo, mucho mas digno de lástima... Se divierte (*á él*) V. A. en leer ahora lo que...

Adolf. Sí, lo miraba por casualidad.

Getr. Sin duda se sorprenderá V. A. de ver semejantes cosas en casa de una pobre muger de mi edad... pero es menester que sepa V. A. que no soy yo la que se llama Luisa.

Adolf. Lo creo.

Getr. Era una hija adoptiva que yo habia criado, y cuya desgracia causó una funesta pasion. Al fin de sus dias, habiendo perdido el juicio, pasaba el tiempo en dejar de ese modo testimonios durables de su infortunio. "Sí la casualidad, decia, conduce alguna vez al cruel á esta casa, "quiero que todo le recuerde mi "amor, y su ingratitud." Hoy hace justamente veinte y cinco años que ese Verter entró por primera vez en esta pacífica morada (*Adolfo hace un movimiento.*) Desde aquel dia fatal se cuentan, señor, las desventuras de mi pobre Luisa. Aquel Verter era un vil seductor, un monstruo que abusó de la credulidad é inocencia de aquella desgraciada muchacha, durante una ausencia que me vi obligada á hacer. Al instante desapareció, dejándola abandonada á su oprobio y á su desesperacion. Luisa, al cabo de dos años, moribunda de languidez, espiró en mis brazos. Sus ojos secos de llorar, el cuerpo estenuado de padecer, con mucho trabajo pudo reunir algunas fuerzas, y pronunciar estas palabras, que fueron, ay! las últimas que la oí: "verter, yo "muero por tí, ojalá no sepas jamas lo que padece el que ama, "y no es amado." (*Adolfo se ma-*

nifiesta conmovido.) Ah! señor, si V. A. hubiera estado presente, vuestra indignacion hubiera sido tal sin duda contra Verter, que le hubiera mandado buscar por todo el mundo para castigarle, y vengar la humanidad, la inocencia y la virtud.

Adolf. Esta muger esta muy (*ap.*) lejos de pensar cuanto dolor me causa. (*pensativo.*)

Gert. Está conmovido... Dios mio! (*ap*) ayudadme, haced que su corazon se abra enteramente á la compasion. Voy á emplear los últimos momentos que me quedan.

Adolf. Sí, he sido muy cruel, (*ap.*) lo conozco, he abandonado, he menospreciado la que me adoraba, la que podia embellecer mi existencia con su amor, y la pureza de su alma. Luisa, elevada al rango supremo, hubiera sido el modelo de las soberanas... Vanas preocupaciones, déspotas del mundo! porqué me habeis subyugado? vosotras me inspirasteis la primera idea de unirme á esta altiva polaca, cuyo desden y perfidia parece que son hoy los vengadores del infortunio, y de la virtud ultrajada.

Getr. Si V. A. se dignase mirar tambien hácia este lado, sabria cual fue el mas doloroso recuerdo de aquella desgraciada criatura. El cielo la reservó un castigo muy grande. (*levanta la cortina colgada en la pared.*)

Adolf. »En 20 de Julio de 1761 la des»venturada Luisa dió á luz un hijo".. Dios mio! un hijo?

Getr. Sí señor.

Adolf. Quién ha cuydado de él?

Getr. Señor, yo.

Adolf. Qué se ha hecho? vive?

Getr. Sí señor, y es el mas desgraciado de los hombres.

Adolf. En dónde está? responda usted. (*dentro se oye ruido.*)

Getr. Ahora lo sabra V. A. todo, señor.

Adolf. Calle usted, calle usted que viene gente.

Getr. Pero, señor, sabed...

Adolf. Marchaos ahora, y volved despues. (*vase Getr.*)

ESCENA XVI.

Adolfo, y el Mayor entra en el momento que sale Getrudis, seguido de los oficiales que han compuesto el consejo de guerra, y Adolfo dice disimulando su conmo cion.

Adolf. Qué hay, mayor?

Mayor. El consejo de guerra acaba de pronunciar la sentencia de Federico: antes de mandarla egecutar ha querido presentar á V. A. el proceso verbal. Dignaos reconocerle, y señalar el sitio en que ha de ser arcabuceado el desertor.

Adolf. En el mismo parage en que el infame se ha rebelado, y ha intentado huir. (*reusando tomar el proceso.*)

Mayor. Bien, señor. Debo hacer presente á V. A. que una multitud inmensa cerca la casa, y quiere arrojarse á vuestros pies para implorar el perdon de Federico.

Adolf. Que los alejen, y que hasta despues de la ejecucion nadie entre aquí sin mi permiso.

ESCENA XVII

Dichos, y Floresca corriendo se arroja á los pies de Adolfo. A una seña de éste salen el Mayor y los oficiales.

Flor. Señor, yo espiro á vuestros pies, ó volvedme mi esposo. Federico va á sufrir la muerte... Si los sollozos, si las lágrimas de Floresca no tienen poder para ablandaros, la memoria de mi padre, de aquel amigo tan querido, enternezca vuestro corazon... Desde el centro del sepulcro os dice: »Con»cede la vida al esposo de mi hija. Tú »puedes, tú debes hacerlo: destierra »de tu alma un vano resentimiento, »y piensa que la clemencia y la gene»rosidad son las virtudes mas dignas »de los soberanos."

Adolf. Qué delirio es ese, señora? No invoqueis la memoria de un padre que se avergonzaria de vuestras acciones,

que os arrojaria él mismo de su seno. No, señora, no; ni vuestros clamores, ni vuestros ruegos, revocarán la sentencia pronunciada contra ese esposo que os deshonra. El ejemplo, la disciplina militar lo exigen, lo mandan. (*marcha lúgubre, y por intervalos redobles de tambores destemplados.*)

Flor. Qué oigo! le llevan á morir... no me aparto de vuestros pies, no os dejaré... Mi esposo, mi esposo! Bárbaro!... (*viendo la espada de Adolfo sobre la mesa, la coge, y esclama*: ahora verás lo que puede inspirar un amor conyugal. (*corre á la puerta del foro, entran los guardias, quitan la espada á Floresca, y al mismo tiempo se oye un gran ruido por la parte de afuera.*)

Adolf. Floresca! Floresca! Guardias?

Dentro voc. No se entra, no se puede entrar.

Getr. Dejadme hablar á S. A.

Dentro Drin. Es preciso que le hablemos...

Sale Ofic. Señor, la muger que habita en esta casa quiere absolutamente entregar á V. A. un papel que dice ser de la mayor importancia.

Adolf. Que la dejen entrar: (*vase el ofi*)

ESCENA XVIII.

Dichos, Getrudis y Drin.

Getr. Señor, V. A. se ha conmovido al referirle las desgracias de la pobre Luisa: he visto escaparse algunas lágrimas de vuestros ojos.. pues Señor, ese Federico, ese desgraciado que llevan á morir...

Adolf. Acaba... (*agitado.*)

Getr. Es el fruto de los amores de Verter y Luisa. (*le entrega un paquete.*)

Adolf. Luisa! Dios eterno! Federico es mi hijo.

Todos. Su hijo! (*asombrados.*)

Adolf. Corred, corred á detenerle, si aun es tiempo.

Echan á correr Drin y los aldeanos que estarán á la puerta, gritando:

Drin y Ald. Esperad, perdon, perdon.

ESCENA XIX.

Dichos, menos Drin.

Flor. Dios mio, dadme fuerza para adelantarme á todos.(*En el momento en que Floresca corre hácia la puerta se oye una descarga de fusileria algo distante. Floresca da un grito terrible, y cae al suelo desmayada. Adolfo se cubre el rostro. Getrudis está arrodillada casi exánime. Pausa corta.*

Adolf. Cielos! ya no existe! cruel destino! era mi hijo, sí, esta sortija, este escrito firmado de Herman y de Luisa... soldados? (*reparando en Floresca, entran dos, y ayudan al Príncipe á levantarla, y colocarla en una silla.*)Floresca? querida Floresca?

Getr. Un momento antes le hubiera yo salvado la vida.

Adolf. Inútiles remordimientos, vosotros despedazais mi corzon. (*Imitan el galope de muchos caballos. Getrudis y Adolfo escuchan sorprendidos. Getrudis va hácia el fondo.*

Getr. Algunos caballeros se acercan al galope, y el señor Mayor viene delante.

Adolf. No quiero ver á ninguno. Buena muger, socorred á Floresca.

ESCENA XX.

Dichos, el Mayor y oficiales.

Mayor. Señor, están ejecutadas vuestras órdenes..,

Adolf. Huid de mi presencia... la sangre de mi desgraciado hijo ha saltado sobre vosotros.

Mayor. Señor; he sabido bastante á tiempo ese estraño misterio para poder librar de la muerte al ilustre culpable.

Flor, Dios mio! (*volviendo en sí.*)

Adolf. Pero he oido...

Mayor. El ruido de la descarga: le han tirado, es verdad, pero no le han herido. Escogí para hacerle fuego cuatro granaderos que habian servido ba-

jo las órdenes de Federico, que le amaban como á su padre: un momento antes de la formacion los llamé á parte, y les dije: » Federico es hi» jo del monarca, no se puede sus» pender ahora la sentencia dada; pe» ro es necesario conservarle á todo » trance la vida. Bajo mi responsabili» dad os encargo que al tirarle ha» gais alta la puntería, de modo que » no pueda ser herido." Lo juraron, y lo cumplieron. A la descarga cayó Federico desmayado, y al mismo tiempo llegaron los aldeanos corriendo y gritando: *perdon. perdon.*

Flor. Querido Mayor! (*abrazándole.*)

Adolf, Amigo mio! (*Abrazándole.*) Pero quién os lo ha revelado?

Mayor. Herman.

Flor. Siempre el buen Herman!

Mayor. Le tenia preso en la aldea inmediata. No ha querido descubrir este importante secreto, de que era depositario, hasta el último estremo.

Flor. Y mi querido Federico?

Mayor. Pronto estará en vuestros brazos... Pero todos le rodean, le abrazan, le nombran su augusto padre, y se disputan el honor de traer en triunfo al hijo de su soberano. Yo me he adelantado para colmar vuestro sobresalto, y gozar el primero de vuestra alegría. Tal ha sido, señor, vuestra conducta; era preciso mantener el ejemplo, castigar al desertor, y salvar á vuestro hijo. Herman y vuestro antiguo Mayor no podian hacer mas para servir á un tiempo el amor, el honor y la naturaleza.

Voces dentro. Aquí está ya.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, Drin, Federico, Herman, trayéndole entre sus brazos, aldeanos, soldados &c. Drin sale el primero corriendo. Federico se echa á los pies de Adolfo, y Herman queda detras.

Drin. Aquí está ya: le han matado, pero no ha muerto.

Feder. Señor...

Herm. Hallará Herman perdon á los pies de su monarca? (*de rodillas.*)

Feder. Señor, soy indigno de ser hijo vuestro, no puedo reclamar este ilustre título. Pero en el puesto mas peligroso, en medio de los riesgos mas inminentes, en el furor de los combates, poned á Federico, y contan con su intrepidez... en su valor, en su denuedo conocereis la sangre que circula por sus venas.

Adolf. Todo lo perdono, todo. (*los levanta y abraza.*) Vuelvo á mi fiel Herman todo mi afecto, toda mi confianza; y abrazo á mis hijos, Floresca y Federico.

Getr. Querido Santiago... ay! perdonad, que la alegría me arrebata. (*enagenada.*)

Feder. Mi bienhechora! (*abrazándola.*) á vos, á mi querido Herman debo la vida.

Adolf. Queridos amigos! vosotros esperimentareis los efectos de mi beneficencia y gratitud. Quiero que aquí mismo, sobre los escombros de esta casa se levante al instante un monumento que transmita á la posteridad este acaecimiento memorable, y manifieste á la juventud cuantas lágrimas puede hacer derramar una falta cometida en la flor de sus años.

FIN.

Borcelona: Por Juan Francisco Piferrer, impresor de S. M., plaza del Angel año 1820.